

entropía

J. M. Galán

*In nave manere, recurrere firmamento est,
quod fluitat super undis proximus caelo est.*

Aqua caelumque frater sunt.

Uterque caeruleus incertus est.

Mare caelumque attinet ad audacem.



Sisabianoenia

Buenos Aires

MMVII

entropía

entropía

J. M. Galán

Permanecer en una barca es transitar el firmamento.

Quien en el agua flota el cielo recorre.

Cielo y agua son elementos hermanados:

Los ligan el azul y la incertidumbre.

Mar y cielo son para los audaces.



Sisabianovenia

Buenos Aires

MMVII

Galán, José María

Entropia - 1a ed. - Buenos Aires : el autor, 2006.

26 p. ; 20x12 cm.

ISBN 987-05-0248-7

I. Poesía Argentina. I. Título

CDD A861

A este libro se le efectuaron correcciones, de modo que cada ejemplar puede diferir de los demás. De todos modos eso no cambia nada.



Sisabianovenia

www.sisabianovenia.com

índice

una cosa
luego otra
pero cuando una es,
es todo,
no veo que está siendo y
termina
para que surja otra
y yo creo que todo siguió
firme delante de mí,
ese es mi modo
de ir,
creído de destino
historiado
imbécilmente
destruyo sueños
adosando sentido
a lo que nunca
lo necesitó

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Rodeado de libros que he de consultar por un trabajo que me impuse, no tengo lugar para acomodar mis brazos ni puedo moverme sin tirar algo. Me desperezó, estiro mis piernas bajo la mesa, me paro y de la biblioteca saco cualquier libro que abro y leo sin ton ni son para volver a sentarme aquí frente a una página que tendría que traducir, pero uno de los libros de la pila de mi izquierda quién sabe por qué, atrae mi atención, lo abro, leo en él uno o dos párrafos y lo vuelvo a dejar sobre la pila, decido que es poco el aire que tira el ventilador y desde donde estoy, con una de las reglas, la más larga, intento apretar otro de sus botones para que gire más rápido y, a la vez, me propongo ser conciente de cada uno de los movimientos *-¡Ah, Satipathana!*- con lo que logro de una vez que el ventilador deje de funcionar por completo y tiro al piso la pila de libros que estaba a mi derecha; es entonces cuando la factura de una heladea -que compré y no entró por la puerta de casa- me recuerda que he de llamar por teléfono al comercio para que me envíen una más chica o, si no tienen una más chica, una cuadrilla de albañiles que agranden la puerta y, ya que están, agreguen una o dos habitaciones a mi departamento, pero es temprano, me digo, todavía tengo tiempo de prepararme un café, ¿quedará algo de leche para cortarlo? Levanto los libros que cayeron bajo la mesa y me quedo azorado contemplando la cantidad de cables

que se anudan ahí debajo... Me reprocho que el trabajo no adelanta pero ni aún reprochándome decido ponerme a trabajar en él... ¿Qué podría hacer en cambio? Ya leí el diario, ya ordené los nuevos archivos de música, repasé la lista con las cosas por hacer -taché casi todo-, acomodé lápices y lapiceras, volví a encender el ventilador... Bueno, intentemos una vez más avanzar un poco en la traducción... A ver... ¿por dónde iba? ¡No!, el café primero... Lo preparo en una Volturno castigada por el uso. Me quedo parado junto a la cocina hasta que escucho rugir la cafetera. Vuelco el café en la taza, una pizca de leche, azúcar, revuelvo y lavo la cucharita. Mientras camino hacia el escritorio pruebo el café. ¿Qué estaba por hacer? No tengo idea. Bebo el café de a sorbos y recuerdo quién sabe por qué “*¡Yo no quiero comida, quiero ayuda!*”, le gritó una vieja tirada en la vereda a una chica que le dio un puñado de cerezas a la pasada... Pero aclaremos: la vieja se comió las cerezas con infinita gula. Hace calor y todo perdió su atractivo. Ahora todo, todo me parece horrible. ¿Y si me tiro un ratito en el piso? Una siesta cortita, a ver..., la *postura del muerto* para no dormir más de 15 minutos, ieso! 15 minutos panza arriba, luego veré...

$$S = k \cdot \log W$$

DE NO SABER CALLAR

Ya lo dije,
puede entreverse en cualquier actividad
que se haya vuelto extremadamente común y
repetitiva:

es en esa repetición que comienza a cansar,
cuando la cabeza intenta irse
porque se aburre hasta el dolor,

en ese momento
es cuando debemos prestar atención,

y es ahí que veremos pasar el flujo
como por el rabillo del ojo.

Es cuestión de sentarse a mirar,
a ver qué es lo que uno puede descubrir
en eso que mira una y otra vez,
cuando ya no hay nada que ver.

Inténtenlo,
pero les aclaro:
no es fácil.

Algunos científicos especulan con la idea de que la presencia del caos¹ operando en las leyes físicas a nivel molecular es imprescindible para que a la larga surjan patrones físicos a gran escala. Y aseguran que es el caos quien otorgó al universo una dirección en el tiempo, la *flecha del tiempo* como la llaman, el flujo irreversible del pasado al futuro.

Y yo
acá sentado
¿qué puedo hacer con este conocimiento?

Corro atrás un poco la silla y,
como tantas otras veces,
apoyo mi cabeza sobre las manos en el escritorio
cierro los ojos y me quedo pensando.

Mi vida cotidiana,
este estar aquí sentado,
el campo de Higgs,
las unidades de Planck,
el calor que siento en la frente
apoyada en mis manos,
un tenue dolor en la cintura...

¹ Ojo, no el caos ese que significa despiole, lío, desorden, no, el otro, el de en serio, ese que esconde leyes, atractores.

Miro a un costado,
tomo un lápiz bien afilado,
lo paro de punta,
lo mantengo en equilibrio
y luego lo suelto...

¡Ajá!,

señores,
se ha roto una simetría...

y al parecer
así es como se han decidido
casi todas las cosas importantes
en este universo.

Ese tiempo que le damos a una obsesión.
El irnos mientras hacemos algo.

Y lo que se genera a cambio.

Vive de otro modo,
supongo,
aquel que pasea por entre los pinos
siguiendo la costa del río y
se duerme al sol
sin saber qué año es
ese que se está yendo,
pero yo...

Ahí.

Uno frente a las cosas,
por decir algo sabiendo lo tanto que se cuele.

(¡Ay Witt!, tanto que nos queda fuera.)

Sentado al sol,
conciente.

Atento.

Ahí.

¿Hay una diferencia?

La belleza no es rara.

No sé qué es, ni cómo se gesta,
pero ahí está

 y es abundante.

Como la miseria y el dolor.

Sigo el decurso entrópico.

Pensar también es disipar energía
obligados por un gradiente.

Leo preguntando
una pregunta
que no he llegado a formular
pero que está ahí ejerciendo gravedad,
y me oriento por ella
aun sin saber a dónde apunta,

pregunto y no sé qué pregunto
porque soy preguntado,

caigo hacia allí.

De nada puedo adueñarme.
Pero me ilusionan mis preguntas,
las mismas que van y vienen
sin que yo avance con ellas,
mis pobres preguntas -
como si por poder formularlas
adquirieran una realidad
que obliga
a buscar respuestas

como cuando damos un trozo de pan a un perro
abandonado y luego ya nos sigue para siempre.

Con una salvedad importante:

En general
el perro es imaginario.

Yo sé qué es lo apropiado.

Está ahí,

eso soy,

pero hay tanto perro

que me sigue!

No recuerdes,

no imagines,

no pienses,

no controles,

no examines,

ahí,

¡descansa!

Tan sencillo que parece.

Algún día terminará todo esto.

No lo puedo imaginar,
ni siquiera a través de una metáfora.

Cambio,
erosión,
evanescencia, dicen los libros.

Mi hijo no quiere dormirse,
ya lo intuye.

Se vuelve a cantar
pero la canción nunca es la misma.
Ni quien la canta.
Ni quien la escucha.

Being no one, me explican.

Ilusiones persistentes, dijeron.

Recuerdo, y no sabía de esta pena de nunca más. Un arroyo, nieve, cuervos, la bocina de un tren lejano atravesando el bosque helado. Algo se instaló sin que yo lo notara y vuelve ahora que sé que ya no caminaré por aquella calle paseando un perro. ¿Queda algo de todo eso? Había escrito en un cuaderno por aquellos días:

*Nieva muy suavemente en el bosque.
Ahora todo es blanco, gris y negro.
Lejana, la bocina de un tren,*

vuelve el silencio

*De entre los árboles,
el graznido de un cuervo.*

La incertidumbre es constante y universal, y no creo que disminuya con el tiempo. La cubro esperanzado con ignorancias aprendidas, pero en el fondo sé que no. El conocimiento es como una isla: a medida que crece también crece su borde. Podría tirar todos los libros al cuerno y dedicarme a cuidar un jardín. El día se me fue en buscar cartografía de Newfoundland y en sostener la pena de extrañar algo que nunca tuve. Como si el graznido de los cuervos fuese mi infancia. Gravita de algún modo el pasado en pos de la conservación de la energía.

ERA VERANO

Por la ventana abierta del cuarto entraba la luz de la luna y el canto de los grillos.

Era desesperante estar acostado habiendo tanta vida fuera en el patio. Me quedaba despierto y escuchaba.

Porque ya habían terminado las clases y todos andábamos más felices por la cercanía de las fiestas de fin de año, esas noches nos quedábamos hasta tarde jugando con mis primos que vivían en la casa de al lado, mientras nuestros padres conversaban sentados en el banco que había en la vereda.

Mirábamos las estrellas buscando ver pasar alguna de las primeras cápsulas...

Gagarin
¡Poyejali...!

En un extraño disco de plástico flexible, que vino de regalo en una revista que había comprado mi tío, estaban registrados los latidos de corazón de la perrita Laika.

Escuchar aquel disquito fue como si hubiese aterrizado un plato volador en el patio de casa.

El espacio interestelar irrumpía
en nuestro mundo chato,
casi plano ainda.

La confirmación
de la vieja sospecha que
acarreamos todos
sin poder nombrarla.

¡Ah!
el modo de vivir que tenía
por aquellos días...

LO QUE PRODUCE CIERTO SABER

Cualquier muralla es Masada;
intuyo que algunos problemas no tienen solución.

El horizonte está más allá del campamento
enemigo.

Ya nunca pasaremos de ahí,
de donde nos encerramos.

Los cuentos se comprenden
si se los cuenta dentro
del sistema de sentidos que los contiene.
Si compartimos el tablero,
si compartimos las reglas.

El modo en que limita el saber.
Tan difícil de ser percibido.

Pienso en los zelotas,
la decisión de refugiarse en Masada,
la quema de las provisiones,
toda esa escalada me deprime
y busco inútilmente saber
por qué lo hice.
Sueños de los que jamás despierto.

Cansado de remar amarro bajo un sauce y me tiro
panza arriba en el bote. Pienso en amigos que ya
no están.

Algo de mí se lleva
como siguiendo un llamado
agua que golpea el casco

Mis ojos se entretienen en el juego de luces allá en
lo alto, hojitas de sauce sacudidas por la brisa.

¿Qué fue de mí?
Quedé solo en este exilio
de nadie a quien contar.

Palomos que llaman frente a un río quieto.

Un Martín Pescador
canta y se zambulle con una determinación
que me deja atónito.

Tanto más amable el reflejo de la costa en el río.

El sol entibia la mañana y
algunos bichitos caminan sobre el agua
con sus negocios auestas.

Expulsado, extraño.

Extraño todo.

Todo se va de mis manos.

La espada intenta cortar el agua y
el conejo de la luna sonríe. Dime,
 en qu e se me fue la vida?

Como sucede cuando silbo junto a Nicasio
y  el intenta copiar el silbido haciendo

psss pps ppspp sss:

as e escribo yo.

UNA CASA QUE NUNCA FUE MIA

Nunca llegué a comprar aquellas mesas de luz que me faltaban en el '98. Y no sospechaba siquiera lo que venía en seguida.

Me sentaba frente al ventanal y miraba ponerse el sol y a la gente, allá abajo.

No fui a España.

Siempre tuvieron que tomarme de la pera y preguntar:

*“Oye, chico, ¿qué es lo que pasa contigo?
¿Acaso no te gusto?”*

Las doradas manzanas del sol.

Es cuestión de sentarse un momento

y esperar

que asiente el polvo del camino.

Pero no todo lo que veré será agradable,
claro.

Simplemente fumar un cigarrillo
mientras cae el sol en las Suvarov.

*-En los atolones tenemos mucho tiempo, José,
me dijo Alan.*

ASÍ SEA

El río bajó y formó una pequeña laguna que fue secándose poco a poco, en la que nadaban inquietos algunos peces muy pequeños. Día a día se fue secando el agua. Al fin desapareció la laguna.

Quedaron

carcazas de mejillones,
caracoles,
algún palo y
minúsculos pececitos muertos.

Olor a alga y barro podrido.

Después,
arena seca.

En el arroyito,
en el arroyito hay un sauce
con sus ramas cansinas casi en el agua,
y una pareja de gansos
que van i vienen como catalanes,
y me asustan cuando a mi lado gargajean
i mi libro se cae del pecho
en el que había quedado
dormido
como el self que leía,
conciencia,
conciencia que no es,
tanto pensar,
tanto idear para no poder
dar un sólo paso.

Eh!, durmamos de una vez,
les digo a las hojitas bailanteras y
a esos pájaros
de los que no sé su nombre,
y me adormezco
robado por el agua del arroyito
que corre bajo el casco y su sonido
floto floto aerofloto
atado a un sauce,
como a mí me gusta.

Ginnie Madox,
¡tan amigos que fuimos!

Todavía recuerdo aquel sandwich
que de pura atolondrada
guardaste en tu bolsillo.

También cuando Nicasio
le gritaba al papá Noel
que se asomó de una terraza:

«¡Papá Noel!,
¡Papá Noel!,

¡Soy Nicasio!»

Así.

¿Qué me pasó después?

Caigo,
todo ir es simple obediencia
a esa ley natural.

Como el agua,
voy siguiendo los cursos
más acordes
al declive que me lleva.

No voy a ningún lado.

La intención
cuando la hay
es mínima,
acotada,
mezquina,
y también llevada por esa ley
del camino más sencillo.

Miro atrás, la estela, y
me gustaría pensar
que hay un sentido hacia delante...
me tranquilizaría encontrar intención
en lo que es mero resbalar y caer...

Y quítenle toda connotación valorativa,
¿quieren?

Así.
Simplemente así.

Escribo para mis siestas,
esas de mirar cómo flotaba el polvo
en la luz que dejaban pasar
las rendijas de la persiana de mi pieza;
escribo para ese aburrimiento supino,
cuando ya deja de molestarnos.
Ahí fue que aprendí a leer esta otra gramática,
a sospechar que las cosas podían ser
de otra manera.
Fue también como empecé a darme cuenta
que estaba solo y que no valía la pena
intentar contarlo.
Además,
 ¿contar qué?

He querido que mi vida se parezca
a aquellas siestas.
He intentado ver el mundo con aquellos ojos.
Pero solo por momentos lo logro.

Ahora por ejemplo,
diez de la mañana,
encerrado en esta habitación
que da a un pulmón de manzana,
quieto,
ajeno al trajín de la calle,
cuando por mis ventanas abiertas
llegan ecos de voces,
puertas que se cierran,
una bocina lejanísima,
el canto de algún pájaro veraniego,

mientras miro la pared gris
de frente a mi ventana,
las cortinas sacudidas
suavemente
por la brisa...

Y no es mucho más lo que puedo decir.

LA ILUSIÓN

Una vez más
los ceibos se cubren de hojas
y yo lo percibo
como si lo fueran a hacer una y otra vez,
siempre.
De ese modo vivo.
Ajeno a la evidencia
de que las cosas no son así.
Me salteo el presente fugaz y único,
estas hojas de ceibo no volverán
ni yo estaré para contemplarlas.

Vuelan pelusas de los sauces criollos.
Me recuerdan a las que describieron
aquellos amigos lejanos
que no llegué a conocer.

No hace mucho no había nada de esto
y muy pronto volverá a no haber nada.
Es así
y ninguna conclusión puede sacarse de eso.
Las cosas buscan retornar
al equilibrio del que fueron sacadas.
Todo decae, claro.

Esquineros en medio del campo, solos;
fierros viejos tirados al costado de un costado.
Todo, todo es una espera a que el canto
alguna vez
termine.

Como tantas otras cosas que sé inútilmente,
sé que mantenerme desalentadamente ocupado
es propiciar el dolor.

El día se va
y la sensación que deja es de ausencia,
de falta,
 de precipitación,
 de estupor.

Cae el sol y yo,
como en la calle profunda,
contemplo la sombra que trepa por las paredes
y se acerca a mí que pronto seré
como la ballena sobre la arena de la playa,
provocando cada vez menos asombro.

Mi vida, tanto que hice: ¿qué?

Siempre son más intensos
los momentos de soberano aburrimiento, claro.

Atardeceres junto a la vía en la calle Darwin,
cigarrillos fumados despacio y sin ganas
sentado en el piso del baño
de una casa perdida en la pampa.
¿Cuánta música escuché?

Alguna vez pude dejar pasar
toda una tarde mirando el cielo
por entre las ramas de un sauce
que era casi una parte mía.

Me rozaba con sus hojas suaves
como en una caricia.

Extraño caminar de la mano de un amigo
o con nuestros brazos pasados por los hombros,
como cuando niño.

La ciudad se volvió ajena, perdida,
poco interesante, desagradable, triste,
empobrecida y desesperada.

La cara de agradecimiento de la señora
que me entregó el libro ayer, siete pesos,
venía con el vuelto en la mano
y yo traía los siete pesos justos.
Los dos habíamos pensado en el otro
y eso la alegró
y su alegría abrió paso a la mía.

Tan simple como un pedazo de pan,
un mate a la mañana temprano
cuando todavía no ha amanecido del todo.
Ese arropamiento de una casa apenas cálida
cuando está comenzando el día
y nos invade el júbilo...
¿Qué fue de aquella emoción?
Agradezco, agradezco que a veces,
todavía a veces, vuelve.
Ahora la veo en mi hijo.
¿Qué decirle?
¿verdad? ¿qué podría decir?
Simplemente extendiendo mi mano
y él levanta la suya.
Y atento
ahí me quedo,
la vida pende de ese hilo de calor.
Tan poco interesante que puede ser lo interesante
cuando aprendemos a mirar.
Tan perdido a veces de mi grato no hacer nada.

Muy decidido mi hijo me pregunta: «Decime la verdad, ¿existe o no Papá Noel?». Y como creo que sabe la respuesta le contesto «No hijo, no existe», y con sorpresa veo cómo se transfigura su carita y contiene el llanto. «¿Qué pasa hijito?». «Es que... ¿a quién voy a pedir ahora lo que quiero?». En ese momento mi palabra decidía si existía o no Papá Noel. La realidad... tanto más maleable. Sospecho que después no es tanto más diferente.

Siempre creí que había gente *grande*.
Y que grande era aquel
que había completado su desarrollo
y ya no era posible de los errores y desaciertos
que a mí me sucedían constantemente.
Que ese crecimiento era una cuestión de edad,
algo a lo que uno accedía
en determinado momento de la vida.

Y que por alguna falencia mía,
yo no lo alcanzaba nunca.
Todos crecían menos yo.

Todavía me sucede.
Me digo que no es así,
que lo que aprende la gente es a mentir,
a impostar una 'persona grande'.
Que nadie tiene resueltas las mínimas cosas,
las más básicas siquiera.
Ahí están mis tíos,
ahí está toda esa gente *grande*
en la que yo confiaba,
maestros, sacerdotes, policías, gobernantes,
médicos, músicos, señores escritores,
y patriotas varios...
itan o más perdidos que yo!

Es un espanto lo solos que estamos,
lo solos que nos fuimos dejando.

Nadie dice nada
pero todos extrañan aquella mano
que nos ayudaba a cruzar la calle,
la falda de madre
en la que sentirnos seguros.

No se sabe qué quisiste hacer.
Ni si quisiste hacer algo.
Siempre fue la misma intriga.
Todavía seguís sentado en aquel sillón del living
de tu casa paterna.
Era invierno, había invitados a cenar
y el Padre Julio te preguntó:
«¿Qué querés ser cuando seas grande?»
No te has dado cuenta de cómo pasó el tiempo.
Ahora tenés un conocimiento más armado
de lo que te parece el mundo.
Has logrado unas poquitas cosas concretas
de las que estás orgulloso
aunque no sepas muy bien qué hacer al respecto.
Tus hijos, tus libritos, tus lecturas.
Plantaste y regaste árboles, sí, claro.
Y has gastado toneladas de dinero
sin haber hecho un peso a cambio.
Disipás energía, te decís sonriente,
creando un poco de orden en este jardín mínimo
y harto complejo perdido quién sabe dónde.

Cada vez sabés menos
y te parece muy bien que así sea,
aunque lo olvides y metas la pata tan seguido
abriendo la boca cuando sabés
que todo va mejor
cuando la mantenés cerrada.

Caminás pensativo por el cuarto diminuto
como aquel gerente de banco que rengueaba
para así parecer más respetable.

Te quedan cosas pendientes.

Sabés que algunas ya no serán posibles:
no vas a morir defendiendo un paso
como hicieron en Termópilas.

Tampoco creo que te conviertas en un eremita
ni mucho menos.

Ni siquiera que sueltes el hueso
que te tiene atado a la noria.

Quizá sea por eso que a veces llores
sin saber por qué.

Esas benditas cosas pendientes
que hubieran dado un sentido a tu vida,
según llegaste a creer
que debía ser.

Es poco lo que tenés que hacer,
de modo que pasás gran parte del día
sentado pensando pavadas, leyendo las pavadas
que otros pensaron y de última,
como cada vez estás más convencido,
es tanto el desatino
que tu quedarte encerrado leyendo
no agrega ni quita al mundo un ápice de nada.
Los únicos que valen son los juicios estéticos,
todo es ficción.
¿Cómo hacer que esa idea guíe tus pasos?
Anyway:
¿guiarlos a dónde?
Por un camino u otro se llega al mismo sitio
que no es ningún sitio,
de modo que haber salido o
no dar un sólo paso
te deja en el mismo lugar que,
como dije,
no es ningún lugar.

La gente a tu alrededor,
tan ocupada, tan...
entretenida
(eso que a veces les envidiás),
un día levantan la vista de su mesa de trabajo y
¿qué ven?
No sé,
quizá lo mismo que vos.
A veces no tienen tiempo siquiera
para esa pequeña intriga,
mueren antes,
así,
tal como han vivido.

Todo tan cercano y parecido a una trampa.
Te das cuenta de algo
si tiene contra qué contrastarse,
el viejo ying-yang,
las caras que componen la moneda,
no podés tener una sin otra,
no existe el Disco de Odín.
De ahí que todo intento
de buscar placer
esté condenado.

De pronto ¡esta urgencia!
Termina el día,
el aire más fresco...
Parado frente a la ventana de la cocina
mientras espero que hierva el agua,
veo en el balcón
la cuerda con la ropa colgada
secándose,
la mantita de Zenón,
unos calzoncillos diminutos de Nicasio,
un saco de Elena,
repasadores...
Y sé,
sé claramente
que eso es.
¡Eso es!

gate gate... paragate, parasamgate!

Otra vez me desespera
este ocaso
¡tan temprano!

Pasa el tiempo y
no encuentro el sosiego que esperaba.
La vida abre su juego,
camino y el horizonte se aleja y amplía.
Todo se vuelve cada vez más interesante y
las molestias tantísimo más molestas,
distracción, piedras en el camino,
¡tan pronto que pasa todo!
Encontrar el placer que estuvo
todo el tiempo ahí:
Un trazo logrado
Una cara que pasa
¡Mis hijos!
Mi mujer dormida junto a mí
Alguna música que
sin que sepa por qué
me hace llorar
Colores en ropas gastadas
El calor del fuego
La luz que se insinúa al amanecer
Esos primeros pájaros,

benditos

pájaros.

Tu sino es este,
haberte quedado admirando el paso de las sombras
que alarga el sol de invierno,
los dibujos inocentes de las nubes en el cielo,
o el primoroso canto de estos pocos pájaros.
Aquellas caminatas en la siesta de tu niñez
mientras los grandes dormían
no te prepararon para lo que siguió.
Más de lo mismo.
Y este no poder comentárselo a nadie.

Todo lo percibís según tus posibilidades
y ese es el límite del mundo.
Hace frío y el sol va cayendo,
las sombras se alargan,
vuelven los pájaros y en vos
crece la inquietud:
Yo no tengo a dónde volver,
te decís y anhelas lo imposible
quién sabe por qué,
probablemente porque sí.
Simplemente
causas y condiciones.
¿Qué puede importar?

¡Mirá esos pájaros!



*A temperatura ambiente la termodinámica
nos revela que el diamante eventualmente
se convertirá en grafito, pero la tasa
de conversión es tan lenta que la
mayoría de la gente cree que
los diamantes son para
siempre...*

